

COVATTE

Un pensador positivo

Cristina Redaelli



Nacido en provincias y aislado toda su vida, constantemente agitado por los reveses de una desafortunada carrera académica y perpetuamente afligido por matrimonios equivocados o fallidos, Auguste Comte (1798-1857) fue el iniciador de una nueva ciencia: la ciencia positiva. Abandonando las fantasiosas pretensiones de la teología y la metafísica, el conocimiento humano se refundaría en un saber orgánico y sistemático, entregado al rigor metodológico y firmemente anclado en los hechos. Mediante la razón científica, el proyecto positivista procedería a la reorganización de toda la sociedad europea, a la que dotaría de un nuevo orden político, una nueva jerarquía espiritual e incluso una nueva religión, completada con un nuevo pontífice elegido: Auguste Comte.

Índice de contenido

Cubierta

Comte

Un pensador sistemático

Vida, obras y contexto: una existencia trabajada

Los estudios en la École Polytechnique y las turbulencias revolucionarias

Publicaciones (desafortunadas) y amores (terminados)

El último amor y el último Comte

La doctrina de la ciencia: «ciencia, de donde previsión; previsión, de donde acción»

¿Qué es el positivismo?

Elogio de la claridad

El método de investigación

Optimismo y desencanto: costes y beneficios del progreso científico-técnico

Científicos y pensadores, alegrías y tristezas

Los observadores molestos

Comte y Euclides

La filosofía de la historia: la ley de los tres estados

Cuestiones preliminares: Europa en crisis

Las formas del devenir histórico

¿Ilustración positivista?

La ley de los tres estados

Puntos problemáticos y advertencias críticas de prevención

Un espíritu ordenado: la enciclopedia de las ciencias

Introducción al tema: ¿por qué debemos ocuparnos de ello?

La clasificación

El vértice de la pirámide: la sociología

La debilidad por las matemáticas

Sociedad positiva y libertad de pensamiento

El origen de la filosofía: maravilla y desencantamiento

La religión positiva: el culto de la humanidad

El objeto de la creencia y la norma de conducta

De la cuna a la tumba: los nueve mandamientos positivos

Jerarquías

Un calendario sin Dios

Conclusión

APÉNDICES

Obras principales

Principales traducciones en español

Selección de obras sobre Comte en español

Cronología

Notas

«El amor como principio y el orden como base;
el progreso como fin.»

AUGUSTE COMTE, *Système de politique positive*

Un pensador sistemático

Comte es un pensador sistemático: le gusta la síntesis, el orden (sobre todo si es jerárquico) y, en especial, siente devoción por los sistemas, sólidos modelos teóricos que con una única ley pueden explicar cada cosa y cada pensamiento. Reducir la realidad a un único principio explicativo, con sus variantes y sus manifestaciones diversas, resulta un proyecto ambicioso. ¿Pero de verdad puede hacerse? La pregunta está en el aire.

Existen filósofos que se basan en las diferencias y otros que desean acabar con ellas. Estos últimos acusan a los primeros de no lograr ver la unidad de lo real; los primeros acusan a los segundos de inventársela. Es un clásico de la filosofía: ¿el ser es uno o múltiple? Seguramente las dos cosas.

Para Comte es, sobre todo, unidad: la realidad es una y una es su historia, y el filósofo tiene el encargo de encontrar las leyes que la forman y comunicarlas a la humanidad (que así lo espera). Se trata de una tarea urgente porque la humanidad, o al menos la sociedad europea de inicios del siglo XIX (y es la única parte de la humanidad que a Comte le interesa) se dirige hacia una nueva era, y además lo hace conscientemente y con orden. La nueva era se inicia con el positivismo, un movimiento filosófico y cultural que nace en Francia a principios del siglo XIX. Comte se encuentra entre los fundadores del movimiento, que se difunde durante todo el siglo por Inglaterra, Italia y Alemania. Entonces, ¿la nueva sociedad europea debe nacer de un nuevo pensamiento filosófico? Valiente deducción, aunque, según Comte, inevitable. La sociedad es fruto del acuerdo entre las

mentes que comparten opiniones y creencias, y para reorganizar la sociedad se debe reorganizar de antemano el saber sobre el que se basa. Este es precisamente el primer punto en la agenda del proyecto positivista: un nuevo saber, orgánico y sistemático, que unifique y coordine los resultados de cada una de las disciplinas y que fije el conocimiento humano gracias a la observación de los hechos. Con una nueva ciencia positiva se podrá construir una nueva sociedad, afianzada por el progreso industrial y guiada culturalmente por la razón científica y por una nueva religión, la humanidad, de la cual Comte ya ha elegido su máximo pontífice: él mismo.

Vida, obras y contexto: una existencia trabajada

Los estudios en la École Polytechnique y las turbulencias revolucionarias

Es el 19 de enero de 1798, pero en Montpellier, donde se producen los hechos que queremos narrar, ya casi nadie lo llama de esta forma. En Francia, durante esta época, enero se llama *nivoso*, o *pluvioso* si hablamos de finales de mes: se han revisado y cambiado los nombres de los días, meses y años. El resultado: estamos en el 30 nivoso del año vi^[1].

Este día, entre muchas otras cosas significativas, en Montpellier nace Auguste Comte. El joven Auguste muestra una habilidad precoz por las matemáticas, asiste al «colegio ciudadano», donde se empiezan a conformar sus dudas sobre la fe católica y tiene un primer contacto con las ideas liberales y revolucionarias, hecho que desorienta a la familia, de tendencia católica y monárquica.

En 1814, ingresa en la École Polytechnique, si bien un año antes ya había pasado con éxito la prueba de admisión. Estos años de felicidad van a durar poco, pues en 1816 Comte debe abandonar el centro. Si no hubiese dirigido una revuelta estudiantil contra un profesor, lo que obligó a las autoridades gubernamentales a cerrar (temporalmente) la École, lo más probable es que Comte hubiese permanecido más tiempo en ella. Pero no parece que esto

le importe demasiado a Comte, al contrario, lo ve como una oportunidad para cambiar de aires, y tras un breve periodo en Montpellier, decide irse a París. Sus padres, que acogen del mismo modo el abandono de los estudios como sus declaraciones republicanas, deciden negarle cualquier ayuda económica. Llegados a este punto, la situación empieza a ser menos divertida. Por otro lado, Comte no es el único en Francia que vive momentos de incerteza; de hecho, durante los últimos años, el país atraviesa una fase llena de inseguridad.

En 1789 todo había cambiado tras el estallido de la Revolución. Eran tiempos de ebullición y lucha, de transformaciones a toda velocidad y de giros radicales. En pocos años, Francia se convierte en una república, la religión católica en una superstición y el terror es el pan de cada día. Para perder la cabeza. Sin tiempo para adaptarse a la situación, Francia es embestida por un nuevo huracán: Napoleón. Un ciclón que atraviesa las fronteras francesas e invade toda Europa.

En 1796 el joven Napoleón toma el mando del ejército francés en Italia y en 1804 es coronado emperador en Notre-Dame (o, mejor dicho, toma la corona de las manos del papa y se corona a sí mismo). En 1810 el Imperio francés domina media Europa. Pero Europa no se doblega y hace frente común contra el tirano: primero Napoleón es derrotado y mandado al exilio, luego vuelve a ser derrotado y otra vez enviado al exilio, pero un poco más lejos^[2].

En Francia vuelve la monarquía borbónica y en Europa se restablece el antiguo orden. Al menos por un tiempo. Es la época de la Restauración: entre noviembre de 1814 y junio de 1815 las potencias europeas se reúnen en Viena para organizar el nuevo orden postrevolucionario^[3]. En primer lugar, los gobiernos reunidos se declaran víctimas de la Re-

volución francesa y, sobre todo, de los abusos hegemónicos de Napoleón. ¿Y qué hacen? «Restaurar» (en parte) la situación anterior al vendaval revolucionario. Los legítimos soberanos pueden volver al trono, el orden jerárquico debe ser restablecido y resulta necesario garantizar (militarmente) el equilibrio y asegurar el mantenimiento del nuevo mapa geopolítico de Europa. Está claro que deben terminar todas esas historias sobre la igualdad entre las personas y la libertad de los pueblos. La gente no acepta tales propuestas y empiezan las movilizaciones: Europa en llamas.

Entre 1820 y 1821 estallan muchas revueltas contra los gobiernos restauradores: en España, en el sur de Italia, en el Piamonte, en Grecia y en Rusia; entre 1830 y 1831 llega una segunda oleada revolucionaria que, desde Francia (París), se extiende hacia Bélgica, Suiza, Polonia e Italia; en 1848 la «primavera de los pueblos» alcanza toda Europa. No todas las revueltas tienen éxito (de hecho muy pocas consiguen cambiar apenas nada), pero aun así llega el fin de la Restauración.

Volvamos con Comte. Retrocedamos hasta 1816: la aventura napoleónica ha terminado y se vive en la incertidumbre, si bien a Comte no le convence ninguna de las partes. Por un lado están los conservadores, que intentan restablecer el antiguo orden, el mismo que provocó la crisis revolucionaria; por el otro, los anarquistas rechazan cualquier orden y están dispuestos a destruirlo todo sin construir nada. Las ideas de orden de los primeros y las ideas de progreso de los segundos son radicalmente opuestas, y el continuo choque entre el espíritu conservador y el revolucionario impide superar el momento de crisis. Se entra en una situación de *impasse*. Es necesario un plan de acción.

Comte siente la crisis de su época y elabora un análisis detallado en el que expone su opinión para superarla. Pero

de esto ya hablaremos en los próximos capítulos. Ahora centrémonos en las vicisitudes del joven Auguste, que debe afrontar sus incertezas laborales y sus problemas económicos.

Publicaciones (desafortunadas) y amores (terminados)



Henri de Saint-Simon.

Comte no tiene dónde dormir y está sin un céntimo. ¿Qué puede hacer? A lo mejor Auguste tiene algún recurso que pueda aprovechar: para empezar, dispone de una excelente formación gracias a sus años en la Polytechnique. Problema resuelto: clases privadas de matemáticas. Sin embargo, un año más tarde Comte encuentra un trabajo que le gusta mucho más: se convierte en el secretario de Saint-Simon. ¿Y quién es este? Algunos lo consideran el fundador del socialismo francés, otros dicen que es el padre del socialismo utópico, y otros llegan incluso a nombrarlo el creador del positivismo social. Y, aparte, era conde. Un intelectual con título. Muy elegante. Todo lo contrario de la realidad histórica y de la jerarquía que la gobierna: totalmente vulgar y obstinadamente insensata. Sin duda poco elegante. Para Saint-Simon, la sociedad no puede ser gobernada por una clase de «ociosos incapaces»: monarcas, nobles y burgueses, y tampoco por capellanes y militares, puesto que ya han perdido toda función social. Quien debe gobernar son aquellos que producen la riqueza de una sociedad, los sujetos que trabajan, «del peón más sencillo al industrial más rico, al ingeniero más inteligente».

Si Francia perdiera los tres mil individuos que ocupan los cargos públicos, religiosos y administrativos más relevantes, el Estado no sufriría ningún daño, pues estas personas serían reemplazadas con facilidad. En cambio, si Francia perdiera sus tres mil científicos más cualificados, sus artistas y sus artesanos, caería

rápidamente en un estado de inferioridad frente a las naciones con las que ahora rivaliza y permanecería en desventaja frente a ellas^[4].

Hace falta un nuevo sistema de pensamiento y de poder que sea funcional a partes iguales. Se trata de reorganizar la sociedad sobre la base de la ciencia moderna y el trabajo industrial: cerebros brillantes en la cúspide de la jerarquía, planificación de la producción, distribución de los productos según el trabajo realizado, todos los hombres son como hermanos, la violencia resulta innecesaria y toda acción es buena y razonable. Lo típico. Todo buen filósofo tiene el deber de proponer su proyecto personal. Este es el de Saint-Simon (o, al menos, un breve resumen). Así pues, Comte también deberá elaborar su proyecto. Es por este motivo que la colaboración entre Saint-Simon y Comte desempeña un papel tan importante, tanto por las ideas que comparten, como por sus discrepancias. Entre el joven Auguste y el sexagenario Saint-Simon se establece una profunda relación intelectual. Al cabo de un tiempo, Comte declarará que el encuentro con Saint-Simon le hizo un daño irreparable. Ya se sabe, los filósofos son criaturas volubles, sobre todo cuando se trata de opinar sobre otros filósofos.

Veamos qué sucedió. Al principio parecía que todo iba muy bien, Saint-Simon disponía de un secretario eficiente y Comte de un gran maestro. Pero un día de primavera de 1824 se publica la versión definitiva del *Catecismo político de los industriales* de Saint-Simon. En esta obra aparece un divertido capítulo titulado «Système de politique positive», elaborado por Comte. Comte había vendido su trabajo a su maestro y Saint-Simon lo había publicado dentro de su obra sin especificar el nombre del autor, el de Auguste Comte. Y este último no se lo tomó demasiado bien. El reconocimiento (público) de la propiedad intelectual es un tema sobre el cual los filósofos se muestran especialmente sensibles. Para Saint-Simon, el «Système de politique positive»

trataba sobre el desarrollo final del industrialismo, mientras que para Comte era la primera parte hacia el positivismo. He aquí el origen de la discordia. Lo que debía de haber sido un intercambio con una mente maravillosa, se convirtió en una «amistad indeseable» con un «bufón depravado». Se acabó el juego. Como el joven Comte ya no quiere saber nada más de Saint-Simon, deberá buscarse otro trabajo. Trabajo, trabajo, siempre el trabajo... ¿no existe nada más? Sí, claro que sí.

Caroline Massin, esposa de Comte.



Comte tiene 27 años: es hora de sentar la cabeza. La afortunada se llama Caroline Massin, una exprostituta que había conocido cuatro años atrás. Lo más probable es que Comte fuese cliente suyo. Se casan el 19 de febrero de 1825. Pero dejemos que sea el mismo Comte quien nos describa con palabras conmovedoras la feliz unión: «el único gran error de mi vida». La joven Caroline muestra escasa apreciación a la fidelidad conyugal y un año después de la boda ya se ha marchado. El pobre Auguste se concentra en trabajar: en 1826 empieza con sus lecciones públicas (en su casa) del *Curso de filosofía positiva*, pero meses más tarde Comte deberá interrumpirlas porque sufre agotamiento nervioso. Entre la huida de su mujer y la so-

brecarga intelectual, la salud de Comte cede y necesita concederse una estancia en una casa de reposo para recuperarse mentalmente. En 1829 dice estar como nuevo y vuelve a dar clases. Sin embargo, ya ha superado los treinta y ve que en el ámbito laboral le gustaría tener algo más seguro que los cursos informales en su casa. Una cátedra en la universidad, por ejemplo, no le iría mal. Al fin y al cabo estamos hablando de Auguste Comte, el mayor exponente del positivismo francés: de hecho, debería ser la universidad quien se lo pidiera. Él está convencido de ello. La universidad, por su parte, no tanto. Como primer intento pide la cátedra de análisis de la École Polytechnique: propuesta rechazada.

Luego lo prueba en el Collège de France para enseñar historia de las ciencias: tampoco. Vuelve a la politécnica, esta vez a por la cátedra de geometría, pero la Polytechnique es menos voluble que los filósofos y le vuelven a decir que no. No obstante, Comte obtiene una media victoria: la École le concede un puesto de profesor particular de análisis y mecánica, y más adelante también de examinador. No se trata de una cátedra de prestigio (no lo es, está claro), pero hablamos de un salario de tres mil francos. Comte puede vivir con comodidad, aunque sin ostentación. El éxito se logra mediante las publicaciones y Comte no se hace de rogar a la hora de exponer su pensamiento al público.

Durante los años veinte publica algunas obras juveniles, aparecen artículos en *Le Censeur*, el *Organisateur* y en el *Journal de Paris*, pero es en 1830 cuando Comte publica por fin su obra maestra: el *Curso de filosofía positiva*. Un pequeño inconveniente: en julio estalla la Revolución y, a causa de las revueltas políticas, fallece su editor. Justo ahora que debe publicar su gran obra. Revolucionarios. En mal momento aparecen^[5]. Pero Comte no cae en el desánimo y entre 1830 y 1842 logra publicar todo su trabajo: 1400 pá-